

El cántico de los 144.000 - Apocalipsis 14:1-5

Introducción

En los capítulos 12 y 13 de Apocalipsis se nos presentó lo que hemos dado en llamar la “trinidad satánica”, compuesta por el dragón, la bestia y el falso profeta. Allí vimos su actividad diabólica para establecer su reino de maldad en este mundo. En especial notamos la extrema dureza de su persecución contra los santos de Dios. Tal era la desolación que sentimos al terminar el capítulo anterior que en silencio nos preguntamos qué haría Dios ante esta situación y cuándo actuaría para poner fin a tanta maldad. Con el salmista clamábamos: “¿Por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación?” (**Sal 10:1**).

Pero ahora, en el capítulo 14, vamos a encontrar la respuesta de Dios a Satanás y su reino de maldad. En realidad se nos va a presentar un panorama del fin, con una rápida ojeada a los hechos que se irán revelando con mucho más detalle en los próximos capítulos.

Para empezar, veremos aparecer triunfante al Señor Jesucristo sobre el monte de Sión. Y no estará solo, sino que se encontrará en compañía de sus ciento cuarenta y cuatro mil sellados. Ellos son los que vencieron a la bestia no aceptando su sello, sino que eligieron permanecer fieles a Dios. Sufrieron mucho, sin duda, pero ahora van a comprobar que sí que vale la pena seguir al Cordero y mantener un testimonio fiel. Para ellos habrá terminado el período de prueba y podrán unirse a los coros celestiales en su alegre adoración al Cordero. Todos ellos celebran ya la inminente consumación del plan de Dios en relación con los habitantes de la tierra.

Pero luego notamos una segunda aparición del Señor Jesucristo en este pasaje (**Ap 14:14**). Él viene en una nube blanca con toda su majestad y gloria con la clara intención de juzgar a la humanidad rebelde y liberar a los creyentes. Este juicio es descrito de forma muy gráfica al final del capítulo por medio de dos figuras; la siega y la vendimia.

Los hombres de este mundo pueden estar completamente seguros de que el mal no continuará por siempre, y que cada injusticia cometida será justamente juzgada. Dios no ha abandonado este mundo, y cuando llegue el momento establecido por él, intervendrá para terminar con el caos que el pecado ha producido. Y mientras esto ocurre, todavía hay oportunidad de salvación para todos los hombres. Este será el mensaje del evangelio que un ángel publicará por el cielo antes de la segunda venida de Cristo para que todos los moradores de la tierra; de toda nación, tribu, lengua y pueblo puedan escucharlo (**Ap 14:7-8**). El tiempo se acaba y el fin se acerca. Es el momento de tomar la decisión correcta y posicionarse junto al Cordero de Dios, porque quien no lo haga sufrirá las consecuencias de su decisión por toda la eternidad.

El Cordero sobre el monte de Sion (Ap 14:1-5)

(Ap 14:1-5) “Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas. Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos

ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.”

En fuerte contraste con las dos terribles bestias del capítulo 13 y el dragón del 12, ahora aparece el Cordero. Y no podemos ocultar nuestra alegría. Tanta crueldad como la que hemos visto en los relatos anteriores deja dolorido el corazón de cualquier creyente genuino. Es verdad que muchos acuden a estos pasajes de Apocalipsis atraídos por su curiosidad, y para ellos todo su interés se reduce a intentar averiguar cuál será el número de la bestia, sin pensar ni entender nada acerca de su diabólico reino de maldad. A estos tampoco les conmueven los sufrimientos y penurias por las que tendrán que pasar aquellos que se nieguen a ser sellados por la bestia. Y del mismo modo, es probable que tampoco se emocionarán cuando ahora en el comienzo de este capítulo aparece el Señor Jesucristo en el monte de Sion para poner fin al reino de la bestia. Pero para los creyentes, este es uno de los momentos estelares del relato de Apocalipsis. Mirémoslo en detalle.

I. “Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion”

Empecemos por notar que el Cordero ha dejado su posición en medio del trono (**Ap 5:6**) y ahora se encuentra sobre el monte de Sion. Pero, ¿por qué elige este lugar?

En primer lugar debemos recordar que el rey David tomó a los jebuseos la fortaleza de Sion que se encontraba en Jerusalén y estableció allí su residencia real (**2 S 5:6-9**). Años después, Salomón, su sucesor en el trono, construyó allí el templo siguiendo las instrucciones que su padre había recibido de Dios. Desde entonces, Sion fue conocida como “*la ciudad del gran Rey*” (**Sal 48:2**), y allí habría de estar la sede del gobierno teocrático de Dios en esta tierra:

(Sal 132:13-14) “Porque Jehová ha elegido a Sion; la quiso por habitación para sí. Este es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré, porque la he querido.”

Por lo tanto, era ahí donde el Mesías, cuando viniera, habría de establecer su reino universal. Eso era lo que Dios mismo había decretado, tal como confirman numerosas Escrituras del Antiguo Testamento:

(Sal 2:6-9) “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás.”

(Sal 110:1-3) “Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Jehová enviará desde Sion la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos. Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud.”

(Is 2:2-4) “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a

muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.”

(Is 24:23) *“La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reine en el monte de Sion y en Jerusalén, y delante de sus ancianos sea glorioso.”*

Nos encontramos entonces ante un momento largamente esperado. ¡El Rey de Dios se encuentra por fin sobre el monte de Sion!

Pero en segundo lugar hay otro detalle que no debemos olvidar. Cristo volverá a la misma ciudad que una vez le rechazó y donde fue crucificado como un vulgar impostor. Es cierto que Dios lo vindicó cuando lo resucitó de entre los muertos, pero esto apenas había sido visto por un reducido grupo de sus discípulos. El mundo todavía tiene que contemplarle en toda su gloria y majestad. Por esa razón, él volverá al mismo lugar en donde fue coronado de espinas para ser declarado allí mismo como *“Rey de reyes y Señor de señores”*.

2. “Y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente”

El Cordero no está solo, con él hay ciento cuarenta y cuatro mil. Ahora bien, ¿quiénes son estos?

Lo más probable es que se trate de los mismos ciento cuarenta y cuatro mil que ya encontramos en **(Ap 7:1-8)**. Allí vimos que antes de que tuvieran lugar los juicios que desencadenaría la apertura del séptimo sello, este grupo de personas formado por creyentes de las doce tribus de Israel fueron sellados por Dios con el fin de protegerles de la ira del Cordero que iba a ser derramada sobre este mundo. Ahora, estos mismos, los encontramos a salvo en el monte de Sion junto al Cordero.

No sabemos si habrán sido protegidos de los juicios que vinieron sobre este mundo cuando las trompetas fueron tocadas, y tampoco podemos estar seguros de que no sufrieran la terrible persecución que tanto el dragón **(Ap 12:17)**, como la bestia y el falso profeta llevaron a cabo contra los santos de Dios **(Ap 13:7)**, pero en todo caso, ahora los encontramos nuevamente aquí felices y triunfantes junto al Cordero.

Después de la guerra sin cuartel emprendida por los poderes satánicos con toda clase de medios contra los santos de Dios, podríamos preguntarnos si todavía quedará algún creyente en la tierra. ¿Quién podrá enfrentar tal clase de odio infernal y salir victorioso? Pues aquí tenemos la respuesta: ciento cuarenta y cuatro mil que no recibieron el sello de la bestia, sino que tenían el nombre del Cordero y de su Padre escrito en sus frentes. Y parece que no eran los únicos, sino que como más adelante se nos dice, *“estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero”* **(Ap 14:4)**. Parece que se trataba de un grupo especial dentro de una comunidad más amplia.

Al igual que aquellos que portaban el sello de la bestia daban a entender con ello que le pertenecían, del mismo modo, los ciento cuarenta y cuatro mil que tenían el sello con el nombre del Cordero y del Padre, expresaban que eran propiedad de Dios. Y como tal, Dios cuida de aquellos que son suyos, los preserva en medio de las tribulaciones y los lleva a la victoria final con él. Y este pasaje viene a corroborar esta verdad. Los mismos que fueron sellados antes de que la bestia entrara en acción son los mismos que ahora aparecen triunfantes junto al Cordero en el monte Sion. Ni uno sólo de ellos se perdió **(Jn 18:9)**, el número seguía siendo el mismo.

Por último, la mención del *“nombre del Cordero”* es interesante por varias razones. La primera es porque estos ciento cuarenta y cuatro mil son israelitas y auténticos creyentes

en el mismo Señor Jesucristo al que sus antepasados rechazaron. Esto evidencia un cambio importante que ya anunció el apóstol Pablo en cuanto a la conversión futura de Israel (**Ro 11:26-27**). En segundo lugar, recordamos que sólo la fe en Cristo es lo único que nos puede llevar al triunfo final sobre el diablo (**1 Jn 5.5**). Y en tercer lugar, llevar el nombre del Padre y del Hijo implica pertenencia a la familia de Dios, y por lo tanto, compartimos un mismo hogar (**Jn 14:1-3**).

3. *“Y cantaban un cántico nuevo delante del trono”*

Al mismo tiempo que esto ocurría en la tierra, Juan escuchó *“una voz del cielo como estruendo de muchas aguas, y como sonido de un gran trueno; y la voz que oí era como de arpistas que tocaban sus arpas”* (**Ap 14:2**). Parece que esta voz provenía de un gran coro celestial, aunque no se nos dice quiénes lo componen. Juan describe esta voz como potente al mismo tiempo que armoniosa y dulce.

El propósito de todo esto es mostrarnos el gozo que hay en el cielo por la victoriosa venida del Cordero nuevamente a la tierra para establecer su reino. Sin duda que esto hizo palpar con fuerza el corazón de Juan.

Entonces, mientras todavía sonaba la música, se escucharon unas voces que *“cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra”* (**Ap 14:3**).

Como no puede ser de otra manera, estas huestes celestiales siguen de cerca todo lo que ocurre en la tierra y se alegran viendo cómo el conflicto con el dragón, la bestia y el falso profeta llega a su fin por la entrada triunfante de Cristo. Además, contemplan con gozo la redención de hombres pecadores que antes habían sido enemigos, pero que ahora han sido conquistados por la maravillosa gracia de Dios. Este conjunto de cosas les lleva a componer *“un cántico nuevo”* que entonan *“delante del trono”* como una expresión de adoración a Dios. Por cierto, éste no es el primer cántico nuevo en el libro de Apocalipsis, puesto que anteriormente también los veinticuatro ancianos habían cantado el suyo cuando el Cordero tomó el libro de la mano del que estaba sentado en el trono y se dispuso a abrir sus sellos, demostrando así que era digno de ejecutar los juicios de Dios sobre la humanidad con el fin de establecer su reino de justicia en este mundo (**Ap 5:8-9**). En cada nueva etapa del desarrollo del programa divino hay nuevas razones para adorar a Dios, y los seres angelicales no pierden ninguna de estas oportunidades. Ahora el momento tiene que ver con su venida a este mundo para reinar en Sion y se reconoce su dignidad y autoridad como Rey Soberano del universo.

Otro detalle interesante es que sólo los ciento cuarenta y cuatro mil podían aprender este cántico nuevo. A algunos, lo que quizá les sorprenda es que después de la dura tribulación por la que habían pasado todavía tuvieran ganas de cantar, pero vamos a ver que sí. Ellos tienen un profundo gozo en su corazón por la protección divina y el triunfo final otorgado, así que adoran a Dios por ello.

Pero, ¿por qué nadie más podía aprender este cántico? La razón es que sólo aquellos que han tenido una experiencia real de salvación pueden cantarlo. En esas circunstancias, sólo un auténtico creyente podría entonar un cántico al Cordero, mientras que a los falsos profesantes, las aflicciones por el nombre de Cristo sólo pueden producirles resentimiento y amargura. En contraste, para un verdadero creyente, las amargas experiencias de la prueba le capacitan para aprender nuevas lecciones en la escuela del Maestro, que aquí llevan a los redimidos a adorar a Dios con nuevas razones.

Claro está que la limitación para aprender el cántico se refiere a los hombres. Los ángeles, aunque no han experimentado lo que significa la redención, sin embargo sí que pueden regocijarse a causa de ella (**Lc 15:10**).

4. La dedicación de los ciento cuarenta y cuatro mil a Dios

En los próximos versículos nos encontramos con un claro reconocimiento de la plena consagración a Dios de estos ciento cuarenta y cuatro mil. De ellos se nos dice que mantuvieron un estilo de vida totalmente apartado de la corrupción social y espiritual que había a su alrededor.

(Ap 14:3-5) *“fueron redimidos de entre los de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios.”*

La primera cosa que se nos dice de ellos es *“que fueron redimidos de entre los de la tierra”*. Esto quiere decir literalmente que habían sido *“comprados”*. Al final del capítulo anterior vimos que la bestia había prohibido comprar y vender a cualquiera que no tuvieran su marca, pero aun así, Cristo había comprado a estas personas aquí en la tierra. Y aunque en esta ocasión no se nos dice, sabemos por otras partes de la Escritura que el precio pagado fue la sangre de Cristo (**1 P 1:18-19**). Esta es una verdad sobrecogedora. Como alguien ha dicho, *“nunca se ha pagado un precio tan alto por algo que valía tan poco”*.

Luego añade: *“estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes”*. Entender esto de forma literal presenta ciertas dificultades porque toda la Biblia enseña que las relaciones sexuales dentro del matrimonio no producen ningún tipo de contaminación. Quizá por esa razón sea más apropiado entenderlo en el sentido de nuestra unión con Cristo. El apóstol Pablo se refirió de ese modo a la relación de los creyentes con Cristo:

(2 Co 11:2) *“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo.”*

Más adelante, en el mismo libro de Apocalipsis, veremos que Juan contrasta a la iglesia, *“la desposada, la esposa del Cordero”* (**Ap 21:9**), con *“la gran ramera... con la cual han fornicado los reyes de la tierra”* (**Ap 17:1-2**). Por lo tanto, es muy probable que la virginidad de estos ciento cuarenta y cuatro mil se refiera principalmente a su fidelidad espiritual al Señor en medio de las difíciles condiciones impuestas por la bestia. A pesar de tener todo en su contra, ellos no adoraron a su imagen ni se encontró en ellos ningún indicio de apostasía espiritual. A propósito de esto, recordemos también que el adulterio y la fornicación fueron usados frecuentemente por los profetas del Antiguo Testamento para ilustrar el pecado de idolatría en Israel (**Ex 34:15**) (**Dt 31:16**) (**Jue 8:33**) (**Os 9:1**).

Pero después de haber dicho todo esto, todavía debemos admitir que el pasaje puede referirse también al hecho de que estos ciento cuarenta y cuatro mil eran realmente vírgenes en el sentido literal del término. Recordemos que aunque la Biblia no exalta nunca el celibato por encima del matrimonio, no obstante, en determinadas circunstancias, puede ser aconsejable quedarse soltero. Este fue el consejo que Pablo dio a los corintios. Ellos atravesaban una situación especial y el apóstol les dijo: *“Tengo, pues, esto por bueno a causa de la necesidad que apremia; que hará bien el hombre en quedarse como está. ¿Estás ligado a mujer? No procures soltarte. ¿Estás libre de mujer? No procures casarte”* (**1 Co 7:26-27**). Más adelante explica las ventajas lógicas que tendría en una situación complicada el que una persona estuviera libre de las

responsabilidades del matrimonio y del cuidado de una familia. También al profeta Jeremías se le ordenó lo mismo por razones similares: *“Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: No tomarás para ti mujer, ni tendrás hijos ni hijas en este lugar. Porque así ha dicho Jehová acerca de los hijos y de las hijas que nazcan en este lugar, de sus madres que los den a luz y de los padres que los engendren en esta tierra: De dolorosas enfermedades morirán; no serán plañidos ni enterrados; serán como estiércol sobre la faz de la tierra; con espada y con hambre serán consumidos, y sus cuerpos servirán de comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra” (Jer 16:1-4)*. Y, por supuesto, el período de tribulación impuesto por la bestia podría ser también una situación que aconsejara algo similar.

Esta dedicación plena al Señor se observa también en la siguiente frase con la que son descritos: *“Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va”*. Ellos no eligen su propio camino, sino que van detrás del Señor Jesucristo. Y todo creyente sabe que ese camino conduce finalmente a la cruz (**Mt 16:24**). Al obedecer de esta forma incondicional, ellos demuestran la plena confianza que tienen en Cristo, pero también su amor y devoción por él.

No cabe duda de que la fidelidad a Cristo siempre es costosa. En el caso de estos ciento cuarenta y cuatro mil, implicaba negarse a someterse a los dictámenes de la bestia, y por lo tanto, enfrentarse también con la mayoría de las personas que sí que se someterán a ella. Esta sensación de soledad, de estar siempre nadando contra la corriente, puede resultar agotadora y muy dolorosa, pero el Señor da fuerza a sus hijos. Además, servir al Señor es un gran privilegio. La otra opción sería ceder a la presión y hacer lo que todo el mundo hace, lo que implicaría necesariamente adorar a la imagen de la bestia. La fidelidad a Cristo siempre tiene un coste muy alto, pero él nunca se lo ocultó a sus discípulos (**Mt 24:9**).

Pero seguir a Cristo con fidelidad es algo que debe caracterizar a cada verdadero creyente, no sólo a estos ciento cuarenta y cuatro mil. Al fin y al cabo, seguir a Jesús y obedecer su voluntad es el llamamiento que Dios hace a todos los hombres. El Señor le dijo a Felipe: *“Sígueme” (Jn 1:43)*, y lo mismo le dijo a Mateo (**Mr 2:14**), al joven rico (**Mr 10:21**), a un discípulo anónimo (**Lc 9:59**).

En muchos sentidos, estos ciento cuarenta y cuatro mil son un ejemplo de lo que debería ser cada verdadero cristiano. Por esa razón se aclara lo siguiente: *“Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero”*. No son los únicos, y tampoco deberíamos considerarlos como una élite. El texto nos dice que son *“primicias”*, es decir, los primeros frutos de una cosecha mucho mayor. En este sentido aparece otras veces en las Escrituras: (**Ro 16:5**) (**1 Co 16:15**).

Una idea complementaria a la anterior, y que también aparece con frecuencia en la Biblia, es que las primicias del campo o del ganado eran entregadas a Dios como una ofrenda (**Ex 23:19**) (**Lv 23:9-10**). Cuando los israelitas presentaban sus primicias, estaban expresando su dedicación simbólica a Dios de toda la cosecha. En este sentido podríamos decir que estos ciento cuarenta y cuatro mil serán los primeros en ser entregados como una ofrenda al Señor.

Luego continúa su descripción diciendo: *“Y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios”*. Aquí el contraste se establece entre los redimidos y Satanás. Frente al diablo que *“es mentiroso, y padre de mentira” (Jn 8:44)*, en las bocas de estos ciento cuarenta y cuatro mil no fue hallada mentira. ¡Qué difícil es hablar sólo la verdad en un mundo lleno de engaño e infidelidad! ¡Qué desagradable resulta para las personas que no les dejen vivir tranquilos con sus mentiras! Por eso, estamos seguros de que cuando estos ciento cuarenta y cuatro mil intenten desenmascarar a la bestia y sus

mentiras lo pagarán con sus propias vidas. Como decíamos, el Señor no ocultó el alto precio que un verdadero siervo de Dios debe pagar por su fidelidad en este mundo (**Lc 11:47-49**).

Quizá la razón por la que añade la expresión “*son sin mancha delante del trono de Dios*”, es pensando precisamente en que su valiente testimonio los llevará a la muerte. Recordemos que esto formaba parte del lenguaje levítico. Los animales que eran ofrecidos en sacrificio a Dios debían ser examinados previamente para comprobar que no tenían ninguna tacha o defecto, sólo así eran actos para el sacrificio. Por eso se nos dice de Cristo que fue ofrecido “*como de un cordero sin mancha*” (**1 P 1:19**). Pero ahora serán los propios creyentes, limpios de toda inmundicia, los que se ofrecerán a Dios como un holocausto u ofrenda del todo quemada por medio de su testimonio fiel.

Cada uno de nosotros debemos pedir al Señor que nos permita pasar por este mundo perverso y malvado sin ser manchados por su pecado. Que como estos ciento cuarenta y cuatro mil podamos ser presentados finalmente sin mancha ante su trono.